

esperaba en palacio rodeada de sus damas, la vuelta del rey y de su comitiva.

El montero, que traía según le parecía á él, una misión importante, no había cuidado de la etiqueta y llegaba hasta la reina.

—Habla—le dijo S. M. al verle llegar—¿qué hay?

—Señora, S. M. el rey mi señor ha herido de un balazo...

—¿A quién?....

—Al marqués de S. Bartolomé de los Pinales.....

—¡Dios mío!.... mi sueño.... mi sueño.... dijo la reina, y cayó desmayada en brazos de sus damas.

X.

De cómo Doña Inés consiguió lo que deseaba con el rey.

L desmayo de la reina, que ciertamente no había estado en su mano el evitar, fué interpretado maliciosamente por los cortesanos: se tomó como la declaración oficial de sus amores con Valenzuela.

La fiesta por supuesto se terminó con disgusto de todo el mundo, y la reina volvió á Madrid, llevándose al herido.

El príncipe permaneció aún aquel día en el Escorial, y los cortesanos inquietos sobre el partido que debían tomar unos siguieron á la reina y otros se quedaron con D. Carlos.

El marqués de Rio-florido, con su hija, fué de estos últimos.

El rey indicó al marqués su deseo de que permaneciera en el Escorial aquella noche, y el marqués, además del interés que tenía por ganarse la confianza de Carlos, aborrecía á Valenzuela considerándolo sucesor del padre Nitardo, y creía con esto darle una muestra de desprecio.

D^{ña} Inés conoció la intención de Carlos: el joven rey era

novicio y tímido en asuntos amorosos, pero ella supliría lo que á él le faltaba.

Por su parte el duque de Albuquerque nada sospechó, y por el contrario, se alegró infinito de aquel acontecimiento que le proporcionaba la dicha de tener á Inés mas cerca de sí.

En la tarde D^a Inés y el duque se encontraron.

—Duque—le dijo D^a Inés—tengo que darte muy grandes noticias.

—¿Cuáles son ellas, vida mia?—preguntó el duque.

—He hablado al rey.

—¿Y qué le has dicho?

—Héle hablado de tí, de tu lealtad, de tu acierto en los consejos, de Valenzuela, de su orgullo, y ¿querrás creerlo?

—¿Qué? alma mia, todo cuanto me digas lo creo.

—Me atreví á indicarle la necesidad de que él empuñara el cetro y llamara al príncipe D. Juan.

—¿Es imposible!

—Sí, duque.

—¿Y qué te contestó S. M.?

—Está su real ánimo mejor dispuesto de lo que yo me esperaba: S. M. se esplayó conmigo, le inspiré confianza sin duda porque le hablaba de tí con tanto entusiasmo, y me dijo que muy pronto daría un paso que sonaría en el mundo, y que rodeado de tan fieles apoyos del trono como el duque de Albuquerque, la monarquía sería feliz.

—¡Oh! ¡esto está muy bueno!—dijo el duque con orgullo.

—Más habría avanzado, pero un grupo de jinetes, entre los que iba Valenzuela, nos impidió seguir nuestra conversacion; sin embargo, estoy segura de alcanzar mucho si vuelvo á hablarle.

—¿Y por qué no le hablas? aún tienes tiempo.

—No sé cómo conseguir el acercarme á él.....

—Fácilmente, si quieres seguir un consejo.

—Cuanto me digas.

—Oyeme: él no debe tardar un instante en salir á pié por los jardines; yo le acompañaré é iremos por el estanque de los peces: si tú llegares por allí con el marqués de Rio-florido, es seguro que S. M. se dirijiria á hablaros, porque yo se lo indicaria, y entonces tú podrias conversar con el rey y yo me apartaria con tu padre, ¿te parece bien?

—Perfectamente, voy á disponerme y á ir en busca de mi padre.

—Y yo voy en busca de S. M.

El engañado duque se retiró creyendo cercano el triunfo, y D^a Inés con el mismo pensamiento se reunió con su padre.

Poco rato despues, por el jardin paseaban dos personas departiendo tranquilamente. El jóven rey y el duque de Albuquerque.

—¿Qué opinion has formado, duque—decia el rey—de los acontecimientos que han tenido lugar esta mañana?

—Son casualidades, señor, que en nada deben afectar á V. M.; aunque su gran corazon sienta la desgracia del marqués de los Pinales, casi puede creer V. M. que Dios dirijió la bala para castigar el orgullo de ese hombre; ya sabe V. M. que no hay una sola de las acciones de los reyes que no sea dirijida por Dios para bien de sus súbditos; aun cuando esta accion parezca insignificante á los ojos del vulgo.

—Me consuelas, duque, porque mi conciencia no estaba

tranquila; casi me arrepentia hasta de la mala voluntad que tengo á Valenzuela.

—Los corazones de los soberanos, señor, son como el espejo en donde viene á reflejar la voluntad de Dios, y si Vuestra Majestad tiene esos sentimientos respecto de Valenzuela, Dios lo quiere así, no lo dude V. M.

En aquel instante se vieron aparecer en una de las calles al marqués de Rio-florido y á su hija.

—Alguien viene allí—dijo el rey—vámonos por otro lado, que quiero estar solo.

—Son el marqués de Rio-florido y su hija—contestó el duque—personas muy adictas á la causa de Vuestra Majestad.

—¡Ah! ¿son ellos?—dijo el rey casi turbado—en tal caso si lo crees prudente les hablaremos.

—Creo que haria bien V. M. en hablarles.

Cárlos no deseaba mas que esto; así es que siguió adelante y muy pronto se encontró con D^a Inés y con su padre.

El marqués de Rio-florido no esperando que el rey le hablara, se colocó de un lado de la calle para dejarle pasar, pero Cárlos se detuvo y les dirigió la palabra.

D^a Inés le contestó, y conforme al ceremonial para no detener á Su Majestad, comenzó á andar á su lado.

El duque tomó el brazo del marqués, y como se lo habia prometido á Inés, comenzó y distraerlo.

A poco el rey y la jóven se encontraron solos.

—¿Qué habeis pensado, señora, respecto de lo que acaeció esta mañana?—dijo el rey.

—Señor, que en poco ha estado que V. M. liberte al reino y se liberte así mismo de la tutela. . . .

—Decia yo, señora, respecto á lo que os habia yo dicho antes.

—No recuerdo—contestó D^a Inés fingiendo que habia olvidado la declaracion que le habia hecho Cárlos.

—Haced un esfuerzo por recordar.

—Aseguro á V. M. que no sé á qué alude.

—¿Será preciso que vuelva yo á recordaros mi amor?

—Ah!—esclamó sonriéndose D^a Inés—creia yo que V. M. no habia vuelto á pensar en eso.

—Por el contrario, pienso mas á cada momento, y debíais comprender que esta ha sido la razon porque no quise que vuestro padre volviese hoy á la corte.

—Agradezco tanto á V. M. . . .

—Quisiera mas contar con vuestro amor que con vuestra gratitud.

—Por algo se comienza, señor.

—Es decir que estais ya en camino de amarme, que casi me amais.

—Poco á poco, señor; V. M. olvida lo que hablamos esta mañana.

—No lo olvido. . . . y la prueba es que como habia dicho poco faltó para que me quitase para siempre del frente á ese Valenzuela.

—Es verdad, señor, pero permítame V. M. que le diga que eso fué providencial, porque quizá no hubiera sido ese el medio mas á propósito.

—¿Por qué?

—Aún cuando Valenzuela hubiera muerto, V. M. quedaba sujeto á la reina mi señora, y despues de Valenzuela vendria otro como él vino tras del padre Nitardo, y era lo mismo.

—¿Entonces qué hay que hacer?

—¿Quién reina en lugar de V. M.?

—La reina mi madre.

—¿Y el reino de quién es?

—Mio.

—¿Y cree V. M. que la religion manda á ningun hijo ceder el reino á sus padres por mas que los ame, cuando le viene al hijo la corona por derecho divino?

—Ciertamente no.

—¿Pues entonces por qué no empuña V. M. el cetro? ¿por qué no se desprende de esa tutela? V. M. me dice que me ama y yo quizá le ame tambien; yo, señor, por una pasion puedo romper con el mundo, despreciar mi decoro y caer en los brazos del rey. ¿Pero V. M. cree que yo ó cualquiera otra mujer de condicion tenga valor para sacrificarse por ser la dama de un niño sin poder y sin voluntad; del tuto reado del marqués de San Bartolomé de los Pinales?

—¡Señora! ¡eso es demasiado!

—Perdóneme V. M.; no he querido ofenderle, no he querido mas que darle una idea de su situacion, decirle, mostrándole la realidad: "señor, un paso y sereis verdadero rey," y entonces, señor, seré vuestra dama y mi amor será el menor de todas las dichas que alcanzareis. Entonces todo será vuestro, al paso que hoy estais como preso en una cárcel de oro y os divierten con un juguete mientras os usurpan una corona.

—Teneis razon, señora, teneis razon, ¿pero qué hago? de quién voy á valerme? todos los que me rodean son hechuras y amigos de Valenzuela y de mi madre.

—Menos yo, señor.

—Vos. . . . pero es que aún apenas os conozco.

—Sin embargo, por lo que he dicho á V. M. puede comprender que merezco la confianza, si no el amor de V. M., como me habia dicho.

—Es verdad. . . . ¿y me amais?

—¿Si no os amara, señor, desearia veros en el trono, brillando como un sol sin nubes?

—¿Y qué creéis que debo hacer?

—Señor, llame V. M. al príncipe D. Juan de Austria su hermano, y en él tendrá V. M. un ministro fiel, un consejero sabio y un gran guerrero.

—¿Y de quién podré valerme para llamarle? ¿quién le escribirá?

—Yo, señor.

—¿Vos, tambien eso?

—Sí señor, y yo me encargaré de que llegue á su poder la carta de V. M.

—Me admirais.

—Es porque V. M. no sabé todo lo que capaz de hacer una mujer enamorada.

—¿Y vos lo estais? preguntó el rey acariciando á D^a Inés.

—Casi lo estoy, señor. . . .

—¿Pues qué esperais para estarlo verdaderamente?

—Espero que el hombre á quien amo llegue tambien á ser verdaderamente hombre.

—Pronto lo será.

—Plegue á Dios, señor; que si he de decir la verdad, anhelo por caer en sus brazos.

—Adelantad el dia.

—Temo que entonces él se olvide por la dama, de la España, y no quisiera yo ser causante de ese mal.

—Os prometo que no sucederá.

—¿Para qué quiere V. M. adelantar el tiempo? ese mismo ánimo hará que V. M. se empeñe en destruir á sus enemigos, y el dia de su triunfo será completo.

—Quisiera yo que fuese hoy—dijo Cárlos mirando expresivamente á D^a Inés.

—Será el dia que V. M. quiera, porque en su mano tiene la fortuna.

—¿Cuándo escribiremos esa carta para mi hermano el príncipe?

—Cuando V. M. lo ordene.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

—Bien, ¿quereis que salga á buscaros, ó preferís llegar á mi cámara?

—Como V. M. lo quiera; nada mas procurando, señor, que nadie lo advierta.

—Bien, en tal caso á la media noche estaré en el estanque de los peces, y si quereis seguirme, os llevaré á mi cámara.

—Estaré en el estanque de los peces.

—Perfectamente; ahora busquemos á vuestro padre y al duque, porque es tarde y me aguardan en mi cámara.

El rey y D^a Inés no tardaron en reunirse al duque y al marqués.

El duque dirigió una mirada de inteligencia á D^a Inés, que la dama le contestó, y tomada del brazo de su padre se retiró á sus habitaciones.

X.

De como D^a Inés preparó un gran cambio en la monarquía española, y de como el duque de Alburquerque conoció que habia perdido la partida y jugado para otro.

A noche habia tendido sus negras sombras, y en el real palacio y monasterio del Escorial reinaba el mas profundo silencio. Parecia que todo el mundo estaba entregado al descanso y al sueño.

Sin embargo, el rey velaba en su cámara y D^a Inés de Medina en la suya.

Al rey acompañaba el duque de Alburquerque y á D^a Inés su padre el marqués de Rio-florido, y tanto el rey como la dama habian tenido necesidad aquella noche de confiar el secreto del dia.

—Precisamente á las doce tengo que estar en el estanque de los peces—decia D^a Inés á su padre—el rey me aguardará allí.

—Pero á esas horas ¿una jóven, una dama, una doncella recatada, una mujer principal? ¿crees que voy á consentirlo?

—Pues ved, señor, cómo ha de ser, porque de ser tiene;

el rey me espera y no creo que pueda ser cosa de hacer al rey una burla.

—¿Y crees que tu padre pueda á sabiendas dejarte asistir á la cita de un hombre en un jardin y en medio de la noche?

—Con una regla así tan general creo que tendríais razon, pero cuando ese hombre es el rey, y cuando precisamente no vá á tratarse de amores, aunque amores hay de por medio, la escepcion es clara.

—Y sin embargo, es peligrosa.

—En ese peligro estará la fortuna de nuestra casa, porque haríamos entrar al rey en nuestra casa misma.

A pesar de la indolencia que en materias de amor tenia el marqués, tratándose de su hija, todavía quiso hacer una objecion; quizá solo porque ella no comprendiese que cejaba tan fácilmente á la presencia de un gran interés.

—Pero, ¿y el honor?

—¿El honor?—contestó Inés conociendo el carácter de su padre y comprendiendo que no buscaba mas sino salir vencido—el honor no está siempre en eso que todos le llaman "honor," que quizá esto no sea sino una palabra vana: ¿si llegase yo á ser la dama del rey, habria alguien en la corte que no tuviese á mucha honra obtener uno solo de vuestros saludos, una sola palabra mia? mirad señor á Valenzuela, ¿quién habla de honor cuando todo el mundo sabe que es el galan de la reina? ¿qué cabeza queda cubierta en su presencia, á escepcion de la de S. M.? ¿Del poderoso ha sido siempre el honor, como del desvalido la desgracia?

El marqués calló era un modo de consentir sin decir nada; D^a Inés lanzó una mirada á un gran reloj de bolsa que habia encima de la mesa.

—Las doce van á dar—dijo levantándose—¿quereis acompañarme?

—¿Esto mas?

—Pero ¿cómo atravieso el jardin sola? ¿cómo me volveré despues?

—¿Qué dirá el rey mismo?

—No seré yo quien le cuente que vos me acompañais; creerá que es algun escudero, y no mas.

—Vamos—dijo el marqués.

Y tomando un sombrero y una capa salió siguiendo á D^a Inés, que se cubria cuidadosamente con un manto negro.

La noche era en extremo fria; un vientecillo helado moviendo las flores y los arbustos, levantaba un rumor lijero, y el agua que caia de los surtidores formaba un concierto monótono y triste.

El marqués y su hija se deslizaban como dos fantasmas.

El rey habia esperado con impaciencia la hora de la cita hablando con el duque de Alburquerque.

—Esta noche—habia dicho el rey Cárlos al duque—quiero que me acompañes; tengo un negocio, y solo tú me inspiras confianza.

—Estoy á las órdenes de V. M.: ¿á qué hora?

—Esta noche á las doce en el estanque de los peces una dama ha de estar allí, es preciso que nadie se encuentre por los corredores y habitaciones que desde aquí conducen al jardin, porque es seguro que ella vendrá aquí, y conviene que nadie la vea.

—Es prudente evitar que se conozca esa visita; yo arreglaré todo de manera que nadie la vea.

En aquellos tiempos ser el confidente de un monarca era

un gran honor para todos los nobles; esto los hacia poderosos, porque entonces jeneralmente la posicion de un hombre estaba fundada en el cariño de su rey y no en sus propios méritos.

Si esto no fuera una verdad, Colon no hubiera sufrido la desgracia, Cervantes no hubiera vivido en una bohardilla, Camouens no hubiera muerto en un hospital, mientras muchos nobles que apenas sabian poner sus nombres vivian en la opulencia y en el valimiento.

Ningun hombre vivia entonces de su pluma, mientras esa pluma no era un incensario en sus manos ó un soberano no tenia el capricho de mantener poetas y literatos, como un lord inglés tiene el de mantener en sus parques loros y monos como objetos de lujo.

El duque se compuso de manera que el rey pudiera entrar y salir á su habitacion sin ser visto, y á las doce de la noche salia acompañando al monarca silenciosamente.

Mil conjeturas hacia el duque sobre quién podia ser aquella dama, y aunque algunas veces el nombre de D^a Inés se presentó á su imaginacion, desechó aquella idea como un mal pensamiento.

En fin, poco tardaria en reconocerla, porque llegaban al lugar de la cita en el momento en que una dama y un caballero que la acompañaba se presentaron allí.

El rey al ver á la dama se separó del duque y avanzó á su encuentro; por su parte la dama hizo lo mismo, y los dos se reunieron.

—Oh!—pensó el duque—ya no me es posible reconocerla, pero con el hombre que la acompañaba saldré de dudas: secreto por secreto, me dirá el suyo por el mio.

Y se lanzó en seguimiento del marqués de Rio-florido

que se alejaba mientras el rey y la dama se volvian al palacio.

El marqués de Rio-florido caminaba pensativo, cuando creyó oír detrás de sí el ruido de alguien que le seguia; volvió el rostro y el duque estaba ya á pocos pasos.

El marqués le conoció, y como en la mañana le habia visto con el rey le creyó completamente en el secreto, y así le esperó tendiéndole la mano con toda la confianza de la complicidad.

—Señor duque—le dijo al llegar.

—¡Cómo!—esclamó el duque espantado reconociéndole —¿el marqués de Rio-florido?

—Servidor de vuesa merced; creia que ya vuesa merced me habia reconocido, porque si no me engaño, cuando vuesa merced llegaba con Su Majestad, llegaba yo con mi hija.

El duque se quedó espantado como si le hubiera hablado un muerto.

D^a Inés era la que caminaba con el rey; la misma que le habia jurado amor departia amorosamente con S. M., y él mismo era el que habia arreglado aquella entrevista.

El duque estaba por enfurecerse; le parecia que era lo natural en aquellos momentos.

Pero además de que hubiera sido inútil, el rival se encontraba á tanta elevacion que no se podia hacer otra cosa que evitar el ridículo de aquella aventura con el silencio y el secreto.

Todas estas reflexiones hizo instantáneamente y pudo contestar al marqués con la mayor calma:

—No, señor marqués; no habia tenido el honor de reconocer á vuesa merced hasta este momento, y por mi fé que

me alegro de encontrarle, porque departiendo será menos penoso para ambos el tiempo que tenemos que esperar tomando el fresco.

Y enlazando su brazo con el del marqués comenzaron una conversacion que no referiremos porque nada tenia de interesante.

El rey condujo á D^a Inés hasta su aposento y la ofreció un sitio: D^a Inés se sentó, y el rey se colocó á su lado, pasando uno de sus brazos al derredor del cuello de la dama.

—No puedo aún creer en mi dicha, D^a Inés; me parece imposible veros aquí, á mi lado: ¿me amais D^a Inés?

—Ya he dicho á V. M. que sí, pero es preciso que V. M. no olvide lo pactado; estoy aquí bajo la salvaguardia de su honor; esta cita, señor, recuérdelo V. M., no es amorosa, sino de negocios.

—Siempre los negocios, Inés; me fastidio: aún no he comenzado á reinar, y ya comienza á pesarme la corona; yo soy jóven y os amo; vos jóven y me amais; ¿creéis, Inés, que debemos perder el tiempo hablando de negocios, cuando nada deseo en el mundo sino veros en mis brazos?

—Pero, señor, ya sabeis el plazo que os he puesto, la condicion á que os habeis sujetado: cada uno tiene sus ideas; yo quiero que mi amante acabe de ser hombre para poder pertenecerle sin temor.

—¿Y qué ganará con eso nuestro amor?

—Seguridad, señor: suponga V. M. que alguien me ha visto entrar á la cámara.

—Eso es imposible: todas las medidas han sido tomadas.

—Bien, por ésta noche, pero como supongo que no será esta mi última visita á V. M.....

D^a Inés lanzó al rey una mirada verdaderamente provocativa.

Cárlos estrechó con pasion sobre su pecho la cabeza de la jóven.

—Como creo—continuó D^a Inés—que estas visitas se repetirán á menudo, si llegara alguien á saberlo, dárían parte á la reina mi señora, y nada le sería más fácil á Valenzuela que desterrarme de la España inmediatamente.

—¡Oh! se cuidaria muy bien; yo soy el rey.

—Todavía no, señor; todavía no; V. M. es aún el pupilo de Valenzuela y los pupilos no pueden tener una dama si á ello se opone su tutor.....

—Pero, Inés.

—Y yo quiero que V. M. sea el rey y por eso le he aconsejado que llame á su hermano el príncipe D. Juan.

—Bien, escribid—dijo violentamente escitado el rey—escribid.

D^a Inés, sin hacerse esperar queriendo aprovechar el momento, se acercó á la mesa tomó un papel y se puso á escribir al príncipe la carta que debia firmar el rey.

Entretanto, el duque casi tiritando de frio se paseaba en el jardin con el marqués hablando de una cosa y pensando en otra.

La escena que el duque se figuraba, era tan diversa de la que realmente tenia lugar en el aposento del rey, que si hubiera podido observar por la cerradura se habria reido de sus temores.

Pero como nada sabia, el duque estaba como loco.

—Es que la conspiracion de que ahora te hablo es temible.

—¡Temible!

—Sí, por las personas que toman parte en ella.

—Supongo que serán los principales señores de la corte.

—Mas alto personaje.

—¿El príncipe D. Juan de Austria?

—Mas arriba aún....

—¿Mas arriba? solo el rey....

—Pues él mismo, S. M. conspira contra tí....

—¿Pero yo qué le he hecho? cuidar sus dominios, enriquecer el tesoro, aumentar las rentas de la corona, abastecer al pueblo, herosear la villa de Madrid.

—Todo eso será un hecho, pero S. M. te aborrece y conspira contra tí.

—¿Y la reina?

—Lo ignora todo, y contra ella es tambien la conspiracion.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

—¿Y cómo lo sabes?

—Esta es toda una historia. Hace algun tiempo me encontré con una muchacha bella, intelijente, en fin, una moza de esas que se encuentran pocas veces y por mera fortuna; pero era pobre y ganaba su vida sirviendo en la casa del marqués de Rio-florido, de camarera ó de doncella de D^a Inés: la declaré mi amor y para decírtelo de una vez, quedamos arreglados.

—¿Cómo se llama?

—Isabel; pero su nombre no hace al caso: para no alarmar á sus padres, que aún padres tiene, convenimos en que

XI.

De lo que Valenzuela y D. Antonio de Benavides meditaron y ejecutaron con el marqués de Rio-florido y con su hija.



A herida de D. Fernando apenas le obligó pocos dias á guardar cama: regresó á entregarse al despacho de los negocios; el rey volvió á Madrid, y aunque todos interpretaron aquel acontecimiento como una señal de la próxima caida del valido, no se observó variacion alguna en la corte.

Una noche D. Antonio de Benavides se acercó á Valenzuela, que hablaba con varias personas, y le dijo en secreto:

—Necesito hablarte esta misma noche.

—Bien —contestó D. Fernando—espérame en mi cámara

Poco despues Valenzuela, pretestando cansancio, se retiró á su estancia; D. Antonio le esperaba ya.

—Aquí me tienes—dijo D. Fernando.

Benavides se levantó, cerró cuidadosamente la puerta y volvió al lado de Valenzuela.

—D. Fernando—le dijo—conspiran contra tí.

—¡Gran noticia! hace ya muchos dias que la sé, y quizá tú fuiste el primero en dármela....

no abandonaria la casa del marqués de Río-florido, pero sí me proporcionó un medio de entrar á visitarla dos ó tres veces por semana: anoche me recibió con mayores precauciones que las de costumbre y me rogó que me retirase cuanto antes: como debes suponerme me estrañó aquella conducta y la reconvine amargamente acusándola de que me engañaba; la muchacha vale un Perú, lloró y sollozó, y viendo que yo no me calmaba me dijo: "Mira, voy á confiarte un secreto para probarte que soy inocente y que tú me ofendes con pensar mal de mí; ha habido en esta casa un gran cambio, mi señora D^a Inés es ahora la dama de S. M. el rey."

—¡Imposible! exclamó Valenzuela.

—Eso mismo dije yo á Isabel, pero ella me contestó: "No lo dudes, desde que mi señora estuvo en el Escorial parece que la conoció S. M. y que allí se arreglaron los negocios: esta noche debe venir S. M., y tengo precision de estar cerca de la cámara de mi señora."

—¿Pero será verdad?

—A pesar de que yo no tenia motivo de duda, porque Isabel jamás me ha engañado, finjí no creerla con el objeto de procurarme una prueba, y por fin conseguí que Isabel para convencerme me ocultara en un aposento inmediato desde donde podia observar lo que hablaban el rey y D^a Inés.

—¿Y te ocultó?

—Sí, me ocultó cuando aún faltaba una hora para que el rey llegase. Aquella hora, encerrado, solo en un aposento oscuro, sin conocer la salida y temiendo á cada instante ser sorprendido, me pareció un siglo; por fin, por el agujero de la cerradura ví que D^a Inés entraba á la cámara contigua

pocos momentos despues oí sonar otra puerta, y el rey mismo se presentó á mi vista.

—¿El rey? ¿estás seguro?

—Tan seguro, Valenzuela, como de que estoy hablando contigo; me preparé á escuchar uno de los mas ardientes coloquios de amor, y figúrate cuál seria mi sorpresa cuando oí que aquella conversacion tenia mas de negocio que de amor.

—¿De negocio?

—Sí, el rey instó con su amor y D^a Inés le contestó que aún no le cumplia una condicion que le habia puesto, y despues siguieron tratando de asuntos de Estado; pero todo era contra tí y contra la reina nuestra señora. El rey está en comunicacion con el príncipe D. Juan, por conducto y aún creo por consejo de D^a Inés de Medina.

—¿A tanto se atreve esa mujer?

—Sí, y el príncipe ofrece venir de un dia á otro para "dar el último golpe al insolente valido;" mira como te tratan, Valenzuela, y agregaba que era ya preciso que D. Cárlos gobernara la monarquía por sí mismo. Todo me hizo comprender que el peligro está próximo y que es preciso dar un golpe que desconcierte estas maquinaciones.

—En efecto, si solo se tratara de mí, despreciaria yo esas asechanzas, porque estoy dispuesto á sufrir la suerte que el cielo me depare, pero tratándose ya de la reina mi señora, creo que es necesario proceder de otra manera, y antes que todo destruir esa influencia que D^a Inés ejerce sobre el rey, y alejarla de su corte.

—Eso me parece muy fácil.

—¿De qué manera?

—Escúchame, que todo eso entra en la relacion de mi

aventura. Permanecí encerrado hasta que el rey y D^a Inés se retiraron: entonces Isabel llegó á donde yo estaba y me dijo:—¿Estás satisfecho?—Sí—la contesté—y en verdad que tu señora debe estar orgullosa con el amor de un rey.—Pues has de ver—me dijo Isabel—que tiene otro amante.—¿Otro?—la dije—Sí, otro, cuyo nombre no conozco, pero que la habla y la escribe y entra á la casa cuando el rey no viene.—Esta nueva aclaracion me pareció muy importante, porque en aquel momento conocí que habia yo encontrado una arma contra D^a Inés.—¿Y sabes á dónde guarda tu señora las cartas que la escribe ese su amante?—Sí—me contestó—hoy al medio dia recibió una y la guardó en un armario que yo conozco.—¿Y será fácil de sacarse?—Sí, yo la sacaré si quieres; mañana cuando mi señora salga á la misa procuraré abrir el armario y sacar la carta si deseas tenerla.—Lo deseo de todo corazon.—¿Y para qué?—me preguntó.—Ya lo verás, pero te ruego por nuestro amor que me la entregues.—Mañana á las doce de la noche ven y la tendrás.—De manera que esta noche tendremos esa carta

—A pesar de que la accion que haces cometer á esa pobre muchacha es verdaderamente infame, porque equivale á un robo, es necesario ver esa carta; ¿vas por ella?

—A las doce.

Benavides miró su muestra.

—Las once—dijo—dentro de una hora esa carta estará en mi poder.

—En tal caso te esperaré.

Benavides salió y Valenzuela quedó pensativo.

Pasaron tres horas, durante las cuales D. Fernando consultó con grandes muestras de impaciencia su reloj.

Por fin llamaron á la puerta y Benavides se presentó.

—Creí que no volvías esta noche—dijo Valenzuela.

—Contra todos mis deseos, he tardado.

—¿Y la carta?

Debo traerla en medio de estos papeles que me entregó Isabel; aún no he tenido tiempo de leerlos, pero debe estar aquí.

—Veamos.

D. Antonio se acercó á una mesa, y colocó sobre ella un paquetito de papeles.

D. Fernando acercó una bujía, y cada uno por su lado comenzó á tomar cartas de aquellas y á leerlas apresuradamente.

—Billetes de amor sin firma—dijo Valenzuela.

—Lo mismo que estos—contestó Benavides, y siguieron leyendo otros.

—Lo mismo....lo mismo....

—Ah!....

—¿Qué?

—He aquí unos, escritos con tu letra.

—Ellos deben ser, que en un tiempo serví á esa dama.

—Los apartaremos para quemarlos.

—¿Aquí está la de ayer! por la fecha....no hay duda.

—¿Cómo dice?

“Amada señora Inés mia:

“Esto noche no podré tener la dicha de mirarte, porque es noche que le toca á Su Majestad ir, pero aguardaré con paciencia.

“A pesar de tus constantes protestas y juramentos, temo que al fin, el rey consiga tu amor y que llegues á quererle de veras.

“Negocios de la corte y asuntos de la monarquía, que se

tratan como tú los tratas con él, son peligrosos, y sobre todo, para mí.

“No olvides siempre mandarme el aviso oportuno de las noches en que no va Su Majestad á verte, para ir yo.

“Tuyo hasta la muerte,

I.”

—Esa carta vale un tesoro—dijo Benavides.

—Con esa carta se puede perder á esa mujer.

—Pero no está firmada, y una inicial no es prueba.

—Todo lo que importa es que el rey sepa que D^a Inés tiene un amante, y poco importa quién sea éste.

—¿Y cómo hacer para que esta carta llegue á manos del rey?

—Sencillamente: escribiendo un anónimo á S. M., dentro del cual se incluirá esta carta; y tú por medio de la servidumbre la harás llegar á sus manos.

—¿Y bastará?

—Sí, porque en ese anónimo le indicaremos que á tales horas vijile la casa de su amada y verá entrar á un hombre.

—¿Pero si no llega ese hombre?

—No importa, tú serás el que entres á ver á tu Isabel, y el rey que acecha celoso no podrá saber quién tú eres, ni á quién vas á ver.

- -Comprendo, escribe.

D. Fernando tomó un papel y se puso á poner una carta.

XII.

De como el rey creyó que D. Antonio de Benavides era el amante de D^a Inés, y el duque de Alburquerque creyó que era Valenzuela, y Doña Inés creyó que el duque lo era de Isabel.

ON Antonio se manejó con tal habilidad que el rey recibió el anónimo que le enviaba D. Fernando de Valenzuela avisándole que en la noche siguiente á las doce podia satisfacerse por sus ojos de que D^a Inés tenia otro amante.

D. Carlos II no tuvo dificultad ninguna en dar asenso á semejante noticia, porque todos los hombres muy principiantes en amores ó muy diestros están dispuestos á encensarse hasta de una sombra.

Como el rey no tenia mas persona de quien confiar en estos amores que del duque de Alburquerque, con él quiso desahogar aquella pena.

—Duque—le dijo en la mañana—quiero confiarte un secreto que me está martirizando.

—Puede hablar V. M., seguro de mi discrecion y afecto

—¿Recuerdas aquella dama. . . la del estanque de los peces en el Escorial?

—Sí, señor, D^a Inés de Medina.